

David Alvargonzález Rodríguez, *La filosofía de Gustavo Bueno. Comentarios críticos*, 2024, Oviedo, Ediciones de la Universidad de Oviedo, 291 páginas, tapa blanda, ISBN 978-84-18324-75-81

José Carlos Loredó Narciandi

jcloredo@psi.uned.es

Universidad Nacional de Educación a Distancia

David Alvargonzález Rodríguez es profesor titular de la Universidad de Oviedo y ha publicado numerosos trabajos en español e inglés. Este es su quinto libro. Recoge dieciocho comentarios críticos al materialismo filosófico de Gustavo Bueno, cada uno de los cuales constituye un capítulo: 1) La doctrina de los géneros de materialidad y del Ego trascendental, y los fundamentos ontológicos del materialismo; 2) La idea de tiempo; 3) Los modos de la idea de ser; 4) La verdad científica; 5) Filosofía de la historia de la filosofía; 6) La idea de analogía, las analogías de atribución y los mitos; 7) La idea de posibilidad y el argumento de Diodoro Cronos; 8) La idea de sistema; 9) Los sistemas técnicos y tecnológicos; 10) Los teoremas y los campos científicos como sistemas; 11) La filosofía sistemática; 12) El estatuto gnoseológico de las ciencias humanas; 13) La clasificación de las ciencias; 14) La polémica sobre el aborto provocado; 14) La idea de artes sustantivas; 16) La ontología de las ciencias formales y de las artes abstractas; 17) La verdad de las primeras religiones; 18) La reivindicación de la autanásia procesal.

Esos dieciocho capítulos van precedidos de una introducción y seguidos de un final y de la bibliografía. En cuanto a la estructura, la obra comienza con problemas ontológicos y gnoseológicos y termina con problemas estéticos, éticos y de filosofía de la religión. Casi todos los capítulos pueden leerse de manera independiente. El estilo es admirablemente claro y preciso. Sigue el método tradicional, dialéctico, de la filosofía: antes de criticar una tesis, se resume. Si hiciéramos un “corta y pega” de los párrafos donde Alvargonzález resume las

¹. Encontrándose esta reseña en prensa salió, en 2025, una segunda edición del libro, cuyo ISBN es el 979-13-87540-23-4. Esta segunda edición está mejorada y ampliada (tiene treinta y siete páginas más) e incluye un glosario.



Received: 20/12/2023. Final version: 15/07/2025

eISSN 0719-4242 – © 2025 Instituto de Filosofía, Universidad de Valparaíso

This article is distributed under the terms of the

Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License



CC BY-NC-ND

tesis que comenta, obtendríamos una introducción al pensamiento de Bueno. Esa es una de las aportaciones del libro.

Como se sabe, Gustavo Bueno (1924-2016) fue un filósofo español creador de un sistema llamado materialismo filosófico. Se trata un materialismo pluralista, no monista, donde ontología y gnoseología están estrechamente relacionadas. Escribió más de tres decenas de libros y cientos de artículos, aparte de impartir numerosísimas conferencias. Es uno de los pensadores más importantes del mundo hispano y ha dejado un amplio grupo de discípulos. Alvargonzález es uno de ellos. Trabajó con él desde los años ochenta y sus comentarios críticos están hechos aceptando los presupuestos básicos de su sistema. Sin embargo, no recurre a este sistema como una herramienta ya terminada, sino como una herramienta que, aunque cuente con un diseño básico –de lo contrario no se podría empezar a trabajar con ella–, se va afinando a medida que se usa. La otra aportación del libro es, pues, mostrar algunas cuestiones problemáticas del materialismo filosófico –las dieciocho del índice– y sugerir algunas vías de resolución.

Su uso del materialismo filosófico le exige a Alvargonzález revisar ideas tradicionales de la filosofía como las de tiempo, verdad o ciencia. Pero el alcance de estas y otras cuestiones tratadas en el libro no cabe en una reseña, por lo que voy a centrarme en una sola de ellas que me parece especialmente relevante: la de la verdad científica. Con ello, mi reseña pretende dar una idea del tono del libro, a lo cual pretende ayudar la cita literal del mismo que incluyo más abajo.

Bueno argumentaba que la objetividad de las verdades científicas no radica en el descubrimiento de algo previamente desconocido, oculto, sino en una elaboración de teoremas para la cual son esenciales las acciones de los sujetos, las técnicas y los instrumentos. En ese sentido, Bueno es constructivista. Para él, sin embargo, las verdades ya establecidas se vuelven independientes de las acciones de los sujetos que las han establecido. En cambio, las filosofías de la ciencia socioconstructivistas suponen que la génesis de las verdades científicas –su origen en acciones de sujetos con técnicas e instrumentos– afecta su estructura y, por ello, socava su objetividad. El constructivismo materialista de Bueno, por el contrario, supone que es precisamente esa génesis la que permite y asegura la objetividad de los teoremas, que se independizan de ella y, por tanto, ya no se reducen a meros productos sociales. La objetividad se instaura en el momento en que se aparece una discontinuidad ontológica entre el hacer (las acciones de los científicos) y el ser (el teorema que elaboran). El científico, como sujeto operatorio, queda neutralizado en el momento en que se llega a síntesis donde las relaciones entre los términos con los que se opera se estabilizan de manera que se puede formular un teorema desde el cual esa estabilización se instaura como universal y objetiva.

Alvargonzález recurre con frecuencia en su libro a la idea de la neutralización del sujeto, y creo que la subraya no ya para distanciarse del socioconstructivismo, sino para salir al paso de posibles interpretaciones socioconstructivistas del materialismo filosófico. Según él, “la prioridad que se da a la materia corpórea [en el materialismo filosófico] no es ontológica,

sino que es epistemológica, ya que se fundamenta en el supuesto de que sólo lo corpóreo es operable por el sujeto” (pág. 23). No operamos con átomos o curvas cónicas, sino con fórmulas escritas, láminas de oro, electrodos o compases. Pero Alvargonzález subraya que, aunque eso es así desde un punto de vista epistemológico —que es el que remite a la relación sujeto-objeto—, desde el punto de vista ontológico la realidad siempre desborda al sujeto, pues no todo es antrópico. Existen categorías del hacer (antrópicas) y del ser (anantrópicas), pero las segundas envuelven a las primeras. Y, en última instancia, son las ciencias las que nos dicen cómo es el mundo, las que definen la ontología.

Desde ese punto de vista, sería absurdo tomarse en serio la conocida provocación de Bruno Latour cuando preguntaba en 1998 si el faraón Ramsés II murió realmente de tuberculosis, cuyo bacilo lo descubriría Robert Koch más de treinta siglos después. Por mucho que sean producto del hacer, las categorías del ser se imponen:

Gracias a las ciencias estrictas es posible construir un mundo pasado en el que los animales y los seres humanos aún no existían y en el que todavía no había conciencias psicológicas. Sin embargo, ese mundo pasado existe como un modo de ser *sui generis*, en la medida en que está presente, actuando en el mundo actual. [...] [C]uando el sujeto queda eliminado, es obligado suponer que la realidad continúa existiendo, coexistiendo y codeterminándose [...]. En todo caso, las ciencias necesitan suponer la existencia de esa materia conformada que ya no está en acto, lo cual implica que el contenido de la materia ontológico-general [lo existente no conformado] se cuela en el interior de las categorías científicas. Sólo aquellas partes que afectan al presente pueden ser organizadas desde esas dimensiones epistemológicas, pero rebasándolas continuamente, gracias a las ciencias, que son las categorías del ser que nos permiten referirnos a esa realidad prebiótica y preantrópica (pág. 35).

¿A quién puede interesar este libro? El propio autor responde en las páginas 15 y 16: a quienes conocen la obra de Bueno (“personas muy variadas”) y también a “quienes se acercan a la obra de Bueno desde fuera, ya que [...] pueden asistir en directo a las discusiones que hacen posible la constitución del materialismo filosófico en el presente, aparte de que estas discusiones también puedan serles útiles cuando se traducen a sus propias coordenadas”. Una de las virtudes del libro es no dar por sentado el conocimiento de la terminología de Bueno, en muchos de cuyos escritos abundan los tecnicismos, quizás en demasía. Alvargonzález utiliza varios —los que no pertenecen a la demasía, digamos—, pero los explica.

Respecto a la traducción de las discusiones del libro a otras coordenadas filosóficas, podríamos añadir a ella la propia discusión con autores con los que se sí se comparten *algunas* coordenadas filosóficas, como Ian Hacking, Nancy Cartwright o Markus Gabriel. Estamos, en todo caso, ante una obra que agita aguas a veces estancadas y lo hace con rigor y sin pedantería.